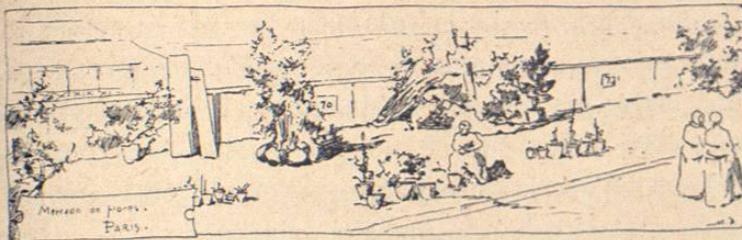
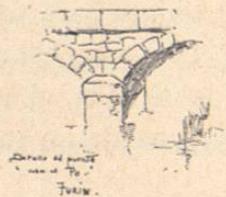


tante, se nos enseñó el establecimiento en que reinan el orden, á la par que la animación y la alegría. Ocioso sería describir esa casa benéfica, pues todos los Colegios que dirigen los hijos de D. Bosco se parecen, y ya se sabe que son modelos en su género.

En seguida nos dirigimos al templo de María Auxiliadora, que los salesianos han erigido con el buen gusto que los caracteriza. Tiene su planta la forma de una cruz latina, y es de verse el interior por la magnificencia de su arquitectura. La cúpula es majestuosa y bajo ella se ven cuatro frescos en que están representados cuatro doctores de la iglesia latina y dos de la iglesia griega. Hermoso es el gran cuadro del ábside con María Auxiliadora en el centro, y á la par son bellas todas las obras que hay dentro de aquel santuario. Complacidos nos alejamos de allí, pensando que la obra de D. Bosco ha de regenerar á los pueblos; la demagogia los empuja hacia el abismo, en tanto que los hijos del gran salesiano, con la religión del Crucificado, infunden en el obrero el espíritu de la democracia cristiana que les abre las puertas de un risueño porvenir social, al mismo tiempo que las del cielo.

Las sombras de la noche cayeron sobre Turín, y nosotros, á las pocas horas, dejábamos el hermoso suelo de Italia que, encarnando el espíritu de la belleza helénica, lleva hoy el culto del arte á las regiones más apartadas del globo.



CAPÍTULO VIII

EL tren no volaba, según la expresión del poeta; apenas corría pesadamente por las sinuosidades que forma la cordillera de los Alpes. Atravesó en el silencio de la noche el túnel del Mont-Cenis, atrevida obra de ingeniería que ha causado asombro á los hombres de ciencia, y ha sido la admiración de todos los que viajan por Europa. De repente la jadeante locomotora se detuvo, y saliendo de nuestro cómodo gabinete, nos hallamos en Modane, punto de la frontera que se encuentra en el fondo de un desfiladero. La nieve cubría todos los sitios que nos rodeaban; lo mismo la falda y la cima de las montañas que la estación del ferrocarril. A nosotros, los que vivimos en regiones más benignas, aquel espectáculo nos causaba sorpresa. Con dificultad po-

díamos imaginar que la vida fuese posible en medio de tanta nieve, que iluminada por los pálidos fulgores de la luna, producía en el paisaje un efecto indescriptible, pues cada bulto que se nos presentaba como una silueta, nos parecía un espectro, y con el Dante nos habíamos trasladado á la mansión fantástica...

*«Là dove l'ombra tutte eran coperte,
E trasparen come festucca in vetro.»*

A través de nevadas campiñas, de riachuelos cristalizados y de caseríos emblanquecidos con sus torres y campanarios, centinelas de los creyentes, llegamos á París con un frío que nos hacía tiritar de una manera inexplicable. Para nosotros, relativamente hablando, era aquello lo que debieron ser las regiones polares para el doctor Nansen y para el Duque de los Abruzzos.

Sueño nos parecía encontrarnos ya en la metrópoli del mundo. La estación de Lyon, á donde llegan numerosos trenes, se veía llena de toda clase de personas que iban y venían, haciendo casi imposible el tránsito. Abriéndonos paso entre la multitud llegamos por fin á la calle; tomamos un coche, y por la extensa calle de Rívoli nos condujo al Hotel Gibraltar. Pregunté en francés por mis compañeros de viaje y me contestaron en español, y era que allí estábamos todos como en familia, pues además de los mexicanos se hospedaban en el hotel varias familias hispano-americanas.

París es el Edén que sueña la juventud de todos los países; la ciudad encantada donde todo es alegría, donde no se piensa más que en divertirse, y donde las

mayores miserias y los más íntimos dolores, se ocultan bajo el oropel que da brillo y se ahogan al estruendo de las carcajadas que atruenan los *boulevards*, centros de inusitada animación.

Describir á París tal como es en sí; hacerlo conocer al lector en sus detalles, sería perder el tiempo. Para estimar el valor de esa ciudad monstruo, de esa moderna Babilonia en que el mal acompaña al bien sin que á primera vista se distinga el uno del otro, es preciso estudiarla en sus detalles y examinarla con aquella atención que no puede permitirse al *touriste* de nuestros tiempos.

Lo que digamos de París no será, por lo tanto, más que la impresión adquirida de paso, sin estudio y sin meditación. París, permítasenos la frase, es parecida á una copa de champaña; la espuma se vierte de los bordes finísimos del vaso de cristal de Bohemia; el ambarino líquido refleja las luces quebrándolas en los colores del iris á manera de piedras preciosas; pero se apura el líquido, la copa se hace pedazos, y á la fascinación de los sentidos sucede el cansancio, el hastío, y en el alma un vacío que no ha podido llenarse, porque fija en los goces de la tierra se subtrae á los encantos de la vida contemplativa que debe semejarse á la del Cielo.

El cielo está brumoso, caen los copos de nieve sobre el pavimento de las calles, el frío convida á permanecer junto al calor de la chimenea; pero viajeros curiosos, nos atrevemos á desafiar la intemperie saliendo á recorrer la ciudad por la noche, á la hora en que el bullicio, las incontables luces de colores que aparecen

y desaparecen como por encanto, las músicas de los cafés y la algazara, nos transportan al sitio donde vemos realizarse los sueños de hadas, que entretienen aún á los niños junto al hogar, en las veladas de familia.

París, no cabe duda, es la realización de un sueño. Mas, apartándonos de la impresión primera, demos un paseo por sus principales avenidas, deteniéndonos, no en lo más notable, que esto sería difícil determinarlo, sino donde la suerte nos lo depare.

Ya dijimos que nos habíamos alojado en la calle de Rívoli, mejor dicho, en la de San Roque, muy cerca del templo de ese nombre, á donde nos dirigimos desde luego. Sin ser tan suntuoso como otros que visitamos en Italia, no carece de buenas obras, y sobre todo nos llamó la atención ver en una de sus capillas el monumento levantado por la gratitud, el que los sordo-mudos dedicaron á su bienhechor, el Abate L'Epée. Agréguese á esto el fervor de los fieles, el buen servicio de los templos, y se convencerá el viajero de que la fe cristiana es innata en el verdadero pueblo francés, y que no han podido arrebatársela, ni las declaraciones de sus mentidos filósofos, ni los estragos de la revolución. El que niegue la piedad del pueblo francés, recorra sus aldeas y verá en todas un templo; penetre en sus iglesias, y hallará también en todas sensibles demostraciones de que allí vive la religión de Cristo.

Por lo que respecta á París, podemos afirmar que, á pesar de ser el centro donde las sectas se reúnen para consumir su obra satánica de desorganización social, cada día se multiplican las asociaciones piadosas que no descansan en la práctica de obras benéficas ni des-

cuidan la enseñanza religiosa en las escuelas. Si París es el cerebro de Francia, bien puede decirse que, práctica y no teóricamente, Francia continúa siendo la digna patria de San Luis, la hija primogénita de la Iglesia.

Para recorrer las grandes distancias de la populosa ciudad, cuenta París con una vía de comunicación que viene á ser, además de una gran mejora, un verdadero progreso. Nos referimos al Ferrocarril Metropolitano que atraviesa por extensos subterráneos, haciendo alto en estaciones abovedadas, amplias y resplandecientes de luz. Numerosos focos eléctricos se reflejan en las porcelanas blanquísimas de las bóvedas, y la electricidad también se emplea para dar movimiento á los trenes que pasan por cada estación, sin suspender el tráfico, cada dos minutos á lo sumo.

Por supuesto que estas vías de comunicación, rápidas y cómodas, no impiden el vertiginoso movimiento de coches, ómnibus y tranvías en las calles y avenidas de la ciudad. Sin embargo, debe confesarse que el Ferrocarril Metropolitano ha venido á resolver un importante problema en lo relativo al tráfico de las grandes ciudades como París. Nueva-York se mostraba orgullosa por haber facilitado la comunicación con sus ferrocarriles elevados; pero actualmente París ha conseguido superarla con el ferrocarril subterráneo que, sin afear las vías públicas, llena el objeto á que está destinado.

Muy cerca estábamos de las Tullerías, así es que visitamos luego el viejo palacio que tantos recuerdos evoca, y que sufrió grandes transformaciones durante el imperio de Napoleón III. Allí, frente á los espaciosos

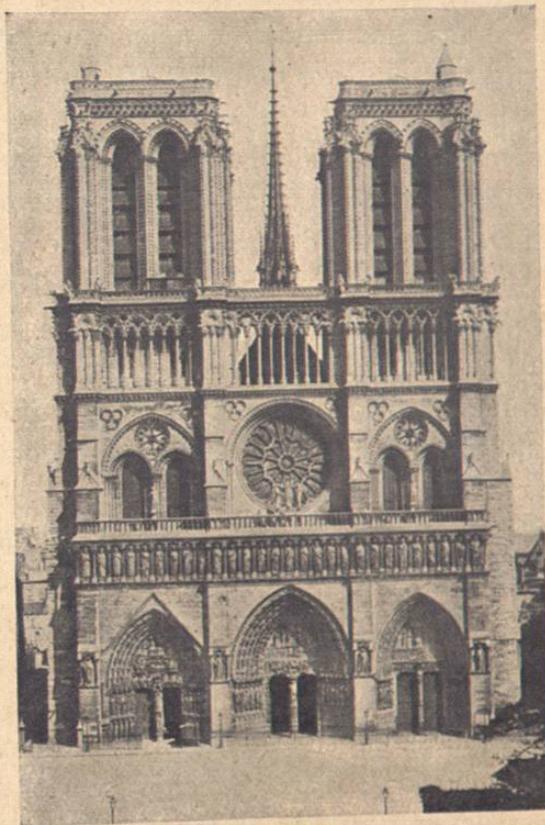
jardines se levanta el célebre *Carrousel*, y pasando debajo de su arco majestuoso se llega delante del monumento á Gambetta. ¡Siempre los gobiernos ensalzando á los hombres de la revolución! En cambio, la doncella de Orleans, Juana de Arco, que murió abrazada de la cruz y salvó á su patria, restaurando al monarca legítimo, tiene apenas una humilde estatua ecuestre, en la plazuela que da frente á una ala de las Tullerías.

El Museo del Louvre merece una visita especial, y tiene para los artistas una importancia tan grande como los museos del Vaticano. Llama sobre todo la atención lo bien clasificado de las obras que contiene. Bien se conoce que para organizarlo hubo de emplearse una asidua é inteligente labor.

Después de haber recorrido aquellos vastos salones en que se admiran esculturas y cuadros notables de todas las escuelas, la imaginación reproduce los hechos que allí tuvieron lugar y ve como por encanto desfilar á los personajes de que habla la historia. Casi deificada en los lienzos de Rubens aparece María de Médicis, y con ella se ven otros grandes señores en los cuadros de ilustres artistas. Vimos el famoso salón de las Cariátides, de Goujou, y en la sala del tesoro joyas pertenecientes á los monarcas de Francia. Allí se conserva el cetro de San Luis, y uno de los diamantes más grandes del mundo.

Pasamos por la sala donde se desposó civilmente Napoleón I con María Luisa, consumando el famoso emperador un hecho que debía ser precursor de su caída, por haber osado encarcelar al Pontífice Pío VII que, según la frase de un eminente orador sagrado,

prefirió un cisma á consentir en un atentado contra la verdad que encierran las doctrinas de la Iglesia.



FACHADA DE LA CATEDRAL
DE NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

Después del Louvre fuimos al Palais Royal, al Hotel de Ville y á la Torre de Saint Jacques, monumentos grandiosos que sólo citamos, pues de ellos sobran descripciones. En seguida llegamos frente á la regia fachada de Nuestra Señora, que ostenta en sus bellas arcadas

de orden gótico estatuas colosales de santos. Retirándonos hacia la plaza divisamos la aguja calada, que se levanta á gran altura como si tratara de prenderse en el velo de brumas que cubrían el cielo. Antes de entrar en el augusto templo, nos detuvimos á contemplar la estatua de Carlo Magno.

Una vez en el interior de la basílica, la recorrimos con atención fijándonos en las obras de arte que encierra: allí está la tumba de Monseñor Darboy, fusilado por los comunistas de París en 1870, y la del Arzobispo muerto en las barricadas, víctima de su ardiente caridad; allí se venera la imagen de María Santísima cuyo altar fué profanado en los luctuosos días de la revolución, y allí se encuentran reliquias que el cristiano no puede contemplar indiferente.

Entramos en la sala del tesoro y nos enseñaron la caja que ha servido para guardar la corona de espinas que, como se sabe, fué traída á Francia por San Luis. Esta reliquia se expuso á la veneración de los fieles, todos los viernes, mientras duró la Exposición Universal. Hoy la guarda en su oratorio Su Eminencia el Cardenal Arzobispo de París. Muchos son los objetos que tuvimos ocasión de ver, como ricos ornamentos que sirvieron para la coronación de Napoleón I unos, y otros para el bautizo del príncipe Eugenio; pero ninguno nos causó más profunda emoción que la sotana que vestía Monseñor Darboy cuando fué fusilado por los demagogos que proclamaron la comuna, después de la guerra franco-prusiana. Allí se guarda esa reliquia agujereada por los proyectiles, algo quemada en la parte que cubría el pecho del ilustre Arzo-

bispo, y teñida con su sangre. Besamos con respeto aquella prenda que perteneció al mártir y continuamos la visita á Nuestra Señora.

Razón hay para considerar este magnífico templo como uno de los primeros de la cristiandad, no sólo por su mérito arquitectónico, sino también por los sucesos en él verificados y por las preciosidades que guarda. Salimos de allí para dar una vuelta por la plaza de la Bastilla y contemplar el monumento que se levanta en ella. Sin ser idéntico se parece mucho á la columna Vendôme rematada por la estatua de Napoleón, que derribó la comuna en la época del frenesí y restauró la república una vez que se restableció el orden.

Figura entre los templos de París, como se sabe, el de la Magdalena: su pórtico tiene todo el aspecto de un templo griego, siendo notable por su hermosura y correspondiendo la parte interior á la grandiosidad de su parte externa.

Delicioso es pasear por las tardes en los Campos Elíseos, que gozan de universal renombre. Sus árboles, desnudos por el rigor del invierno, deben ser agradables en las calurosas tardes del estío y en las mañanas de primavera.

La plaza de la Concordia no puede menos de recordar al viajero la trágica muerte de Luis XVI, llorada por todas las almas nobles. Pasando el Sena se llega al palacio que ocupa la Cámara de Diputados, y algo más lejos se encuentra la casa de los inválidos. Vese al frente un amplio jardín y atravesando un enorme patio á que forman cuadro pórticos engalanados con bellas pinturas, se entra en la iglesia donde se guardan las

banderas tomadas en la guerra por el ejército francés. A la espalda del templo, y frente á un atrio extenso se alza una hermosa capilla coronada por una cúpula majestuosa. En la elegante portada se ven las estatuas de San Luis y Carlo Magno. Pero lo que más llama la atención es el suntuoso interior de la capilla que rivaliza en belleza con la del Santo Sudario en Turín y la de los Médicis en Florencia. Bajo la cúpula se abre una rotonda con artística balaustrada, y más abajo, sobre un pedestal, una riquísima urna de pórfido guarda las cenizas de Napoleón I, del célebre guerrero que tuvo en sus manos los destinos de la Europa entera, que se vió, como dice Manzoni,

*«due volte nella polvere,
due volte sull'altar,»*

dos veces en el polvo y dos en el solio; de aquel émulo de César y Alejandro que anhelando conquistar el mundo se atrevió á tocar con mano sacrílega la veneranda tiara de Pío VII, y vió ponerse el sol de sus glorias yendo á exhalar el último suspiro en el destierro de Santa Elena. ¡Y ese hombre, convertido en polvo, reposa hoy como lo deseaba, á orillas del Sena, en medio del pueblo tan amado por él, y reposa en cristiana sepultura, pues sobre el altar del regio mausoleo abre los brazos la santa imagen del Crucificado!

En la parte baja de la rotonda se ven otra vez las estatuas de San Luis y Carlo Magno, y ven el pórtico de entrada, construídas de mármol negro y blanco, las magníficas tumbas de los generales Duroc y Bertrand.

Arriba, en derredor de la capilla, están los túmulos de varios miembros de la familia de Napoleón, siendo el más notable el de José, que ciñó á principios del siglo pasado la corona de España.

A corta distancia se halla la iglesia de San Francisco Javier, con sus dos pequeñas torres y su elegante portada. Es hermosa por dentro y vimos allí una escultura de Santa Ana, que es á no dudar la más bella de cuantas conocemos.

Pocos son los edificios de la Exposición que aún quedaban en pie; un ejército de operarios había emprendido á toda prisa la demolición. Sin embargo, estaba todavía abierto al público el palacio de los automóviles que visitamos una noche, en que tocaba una regular orquesta, y los focos de luz eléctrica lo convertían en un Edén. Cuanto la inventiva moderna ha realizado acerca de motores y vehículos se hallaba allí reunido. A juzgar por éste, ya podrá imaginarse el lector la esplendidez y el lujo de que se había hecho gala en los demás edificios de la Exposición, sobre todo en el palacio de la electricidad, donde el ingenio humano, sujetando el fluido maravilloso, pretendía quizás disputar al sol su dominio sobre la tierra.

Más allá del Trocadero, que ha quedado transformado en museo, yérguese altiva la Torre Eiffel, dominando los más altos edificios de París, desde la calada aguja de la catedral de Nuestra Señora hasta la columna Vendôme. Como estábamos en invierno, sólo se nos permitió subir, y eso á pie, hasta el segundo piso, por no funcionar el ascensor. Parece increíble que se haya levantado ese monstruo de hierro, dotándolo de cuanto